



Peña Cultural y Carnavalesca  
"La Salle-Viña"



## 2º PREMIO PROSA 1.996

**LEMA: GADES**

La noche caía inexorable como una mancha de alquitrán sobre el mar. Las olas rompían sobre los bloques, salpicando estrellas de mar y de cielo. Lo demás era silencio y piedra. Lentamente ella volvió en sí, y sus duras carnes se fueron enterneciendo como la arena. Puso un pie abajo, luego el otro y por fin su cuerpo de Eva madura comenzó a moverse al son de las caderas. Apenas se vio en el suelo, sacudió el polvo de sus sandalias y cubrió su rostro. Era Carnaval. A lo lejos, brillaba la Tacita de Plata. Despacio se dirigió temblando hacia la Plaza España. Una vez que traspasó el umbral de las sombras y se metió entre la gente que subía hasta la Plaza Mina, su semblante fue cambiando. Alguien rozó su cabeza con un puñado de papelillo. Bailaban los plumeros y las serpentinas dibujaban en el aire un reguero frágil de vivos colores. Sonaba una chirigota, al tiempo que un tango quebraba las sombras. San Antonio. Una inmensa muchedumbre conmemoraba la eterna broma del disfraz. Se entremezclaban los chinos de Oriente con los argentinos de la Pampa, y los rusos con los negros Kafort. Paseaban chachas de época entre generales con galones de escoba y moros con chilabas de saco. Las Peñas reventaban de vino entre erizos y ostiones frescos. Por cualquier parte del mundodios se llegaba a La Viña. Brillaban en el cielo las estrellas, cuando el gentío comenzaba a correr la noche entre cantes, alegrías y guitarras. Ella vivió aquellas horas con la felicidad en sus entrañas, recorriendo los rincones que habían saltado tantas noches en su pensamiento. Llevada por el instinto fue a dar con la Caleta. Guiñaba el faro sobre la plata donde se reflejaban las barcas, cuando ella fijó su vista en el negro horizonte. En un destello vio la silueta de piedra de Paco Alba. Volvió sobre sus pasos y se sumergió de nuevo en aquel Carnaval de fantasía que brotaba de los barrios de Cádiz. Nadie la volvió a ver aquella noche de magia. No se sabe si el ansia por beber en la Tacita la llevó a perderse en los callejones, o prefirió sentarse en alguna casapuerta a ver pasar los disfraces. Por la mañana, cuando el chocolate y los churros cogían el relevo de los mariscos y del vino, ella bajaba la calle Antonio López. Se sentó en uno de los bancos de la Plaza España, al tiempo que las palomas revoloteaban a sus pies con la misma blancura que las primeras luces del día. Allí quizás tuvo tiempo para pensar que la grandeza del universo está en el mar, que era un privilegio vivir mirando al horizonte y oyendo el susurro constante de las olas sobre las piedras. Respiró con profundidad el aroma a salitre y rosa, que flotaba en la Plaza, y se levantó. El sol rompía ya por la Punta de San Felipe, como una lanza sobre la Bahía. Avanzó por el Paseo, mientras los primeros pescadores llegaban sonámbulos a los bloques con las gusanas empanadas en alcohol y tierra. Miró por última vez la Tacita, y, dolorida por tener que vivir un nuevo futuro de quietud, alzó un pie sobre el pedestal. Luego levantó el otro y fue poniendo todo su cuerpo tan firme como al principio. Su último pensamiento fue para Paco Alba. Ahora entendía por fin que el Carnaval y Paco se hubieran puesto de acuerdo para mirar siempre al horizonte desde el balcón privilegiado de La Caleta. Hizo un último esfuerzo para levantar su poderosa mano y ponerla sobre la frente a modo de visera. Después se quedó quieta, como siempre, como esa figura que la Historia regaló a esta tierra de nombre plural y fenicio, romano y visigodo, cristiano y moro.

Lo demás ya lo conocen los gaditanos, que tienen la suerte de asomarse por los balcones del sentimiento o por entre las flores de Apodaca. Esza mujer, cuerpo de piedra y alma de espuma, que no cesa de otear el horizonte, alzándose como un grandioso símbolo sobre el Paseo de la Punta de San Felipe, se llama Gades, y una noche, como si fuera un relámpago de luz, se hizo carne de nuestro Carnaval. Como Paco Alba.